

INFINITUM

CIENCIA FICCIÓN

EL TIEMPO NO ES TAN SIMPLE

Antología Temática de Ciencia-Ficción



Tras su volumen dedicado a los Mutantes, la Colección Infinitum prosigue su antología temática de la ciencia ficción con un tema tan apasionante como el anterior: el Tiempo. ¿Qué ocurrirá el día que el Tiempo falle a nuestro alrededor? ¿Será necesaria la creación de una policía que vigile las transgresiones temporales? ¿Puede un hombre destruir media historia para vengarse del engaño de su mujer? ¿Cómo será la caza del dinosaurio en la lejana prehistoria? ¿Puede uno huir de un mundo aterrador refugiándose en el pasado? ¿Cómo serán las costumbres sexuales del futuro? ¿Qué ocurrirá si alguien mata a su propio padre antes de su concepción? ¿Llegará un día en que el Tiempo se convierta en un negocio?

Todas estas preguntas, y muchas más, tienen su respuesta en este volumen, donde el Tiempo es analizado, investigado, diseccionado, a través de todos sus vericuetos, peligros y paradojas, a lo largo de diez relatos escogidos entre los más famosos del género.

Fue Herbert George Wells el primer autor de ciencia ficción que escribió sobre el Tiempo... al menos el primero que lo hizo en una forma plausible. Su novela «La máquina del Tiempo» fue el primer intento serio de abordar en forma científica esta nueva dimensión.

Aunque Wells utilizará el Tiempo tan sólo como un soporte a su especulación sociológica acerca del futuro de dos de las fuerzas principales que configuraron su propio tiempo, el Capital y el Trabajo (de hecho, la confrontación entre los Eloi y los Morlocs cumple todos los requisitos de la utopía tradicional), su exposición preliminar sobre el Tiempo como dimensión es lo más lúcido que se haya leído nunca.

«Todo cuerpo real debe extenderse en cuatro dimensiones. Debe tener Longitud, Anchura, Espesor y Duración. No existe ningún objeto *instantáneo*. Pero por una flaqueza natural de la carne, todos nos inclinamos a negar este hecho. Se tiende a establecer una distinción ficticia entre las tres primeras dimensiones y la última por el simple hecho de que no tomamos conciencia de lo que nos rodea más por intermitencias, mientras que el tiempo transcurre, del pasado hacia el futuro, desde el comienzo hasta el fin de nuestra vida.

»El Espacio, tal como lo entienden nuestros matemáticos, ha sido catalogado como poseyendo tres dimensiones, que pueden llamarse como he citado Longitud, Anchura y Espesor, y pueden definirse siempre con referencia a tres planos, cada uno de ellos en ángulo recto con los otros. Pero algunos espíritus filosóficos se han preguntado por qué

exclusivamente tres dimensiones... por qué no una cuarta dimensión en ángulo recto con las otras tres, e incluso han intentado construir una geometría de cuatro Dimensiones. Ustedes saben bien que sobre una superficie plana que no tiene más que dos dimensiones se puede representar la figura de un sólido de tres dimensiones. A partir de ello sostienen que, partiendo de imágenes de tres dimensiones, podrían representar una de cuatro si les fuera posible dominar la perspectiva.

»Bien, no veo por qué ocultarles que desde hace un tiempo vengo ocupándome de esta geometría de las Cuatro Dimensiones. He obtenido algunos resultados curiosos. Por ejemplo, he aquí una serie de retratos de la misma persona a los ocho, a los quince, a los diecisiete, a los veintitrés años, y así sucesivamente. Estas son, sin duda, las secciones por así llamarlo, las representaciones sobre tres dimensiones de un ser de Cuatro Dimensiones que es fijo e inalterable.

»Los hombres de ciencia saben perfectamente que el tiempo no es más que una suerte de Espacio. He aquí un diagrama científico muy conocido: esta línea que sigue mi dedo indica los movimientos del barómetro. Ayer subió hasta aquí, ayer tarde descendió hasta este otro punto, esta mañana ha subido de nuevo y ha llegado suavemente hasta aquí. Con toda seguridad el mercurio no ha trazado esta línea dentro de ninguna de las tres dimensiones del Espacio reconocidas generalmente, y sin embargo esta línea ha sido trazada, por lo que debemos llegar a la conclusión de que ha sido trazada a lo largo de la dimensión Tiempo...»

Todos los demás escritores de *sf.* han bebido en las fuentes de esta exposición de Wells y sus conclusiones. El Tiempo como dimensión se ha convertido en uno de los temas más apreciados de la *sf.* tanto por su indudable sugestión como por sus inmensas posibilidades extrapolativas. En efecto, la dimensión Tiempo permite al escritor de *sf.* re-

montarse desde el más lejano pasado hasta el más inimaginable futuro, y situar su acción en la época precisa que desee explorar. Al igual que el Durmiente que no despierta hasta pasados cientos de años de su tiempo (otra de las ideas base tomadas a Wells), el viaje por el Tiempo permite libremente la exploración del futuro y del pasado... de hecho de *todos* los futuros y *todos* los pasados que pueden llegar a existir.

Pero el Tiempo permite aún mucho más. El Tiempo es, en sí mismo, una dimensión conflictiva. No se puede viajar a través de él sin interferir en unos hechos que ya han ocurrido o que se hallan programados. Algunos autores han querido soslayar este problema imaginando al viajero a través del Tiempo como un mero espectador, separado de la época a la que viaja por una invisible barrera que le imposibilita mezclarse con los acontecimientos que está presenciando. Pero precisamente la posibilidad de esta intromisión, el influir en unos acontecimientos ya pasados y transformarlos es uno de los mayores alicientes del tema.

Así ha nacido toda una corriente de relatos que podríamos llamar «paradójicos», en los que la idea del autor está centrada en las paradojas que pueden derivarse de la alteración de unos hechos ya establecidos. Es clásico el relato en el que el protagonista, por razón de sus viajes a través del Tiempo, termina convirtiéndose en su propio abuelo... cosa en la que Poul Anderson, por ejemplo (véase su relato aquí incluido «La patrulla del Tiempo»), está en completo desacuerdo. La posibilidad de cambiar radicalmente el presente actuando sobre nuestro pasado está también presente en multitud de obras. Ray Bradbury, en uno de sus más famosos cuentos, nos narra cómo el hecho fortuito de que unos exploradores temporales pisen inadvertidamente una mariposa en nuestra más remota prehistoria transforma por completo nuestro mundo actual, al destruir un elemento clave en la evolución (cosa en la que Poul Anderson tampo-

co parece estar muy de acuerdo, aunque esta sea por supuesto tan solo su opinión).

De hecho, el Tiempo, por su propia naturaleza de dimensión aún totalmente desconocida, permite las mayores y más complejas elucubraciones. El escritor Michel Jeury, por ejemplo, ganó en 1974 el premio a la mejor novela francesa de *sf.* con un complejo relato, («El tiempo incierto», recientemente publicado en español), en el que esboza la fascinante teoría de que el tiempo puede ser imprevisible, incierto, desarrollarse simultáneamente con múltiples variaciones, sin una ordenación lineal. Como dice muy bien Alfred Bester en su relato incluido en este volumen, el tiempo puede ser (aunque él utilice la frase en negativo) circular, lineal, serial, discoide, sizigoso, longuípido o pandiculado... y cada una de estas posibles características ofrece un camino apasionante, con miles y miles de variaciones que explorar.

En este volumen hemos intentado presentar algunas de estas variaciones. Por supuesto, en ningún momento hemos intentado realizar un trabajo exhaustivo (Dios mío, necesitaríamos cientos de volúmenes como el presente), pero sí creemos que es representativo. Voluntariamente, y con excepción de una muestra que nos ha parecido sugestivamente divertida y fuera de los cánones habituales, hemos descartado los relatos cuyo único tema era la paradoja temporal en sus múltiples variantes, eligiendo en cambio los que analizan el Tiempo como dimensión (o algunos de sus aspectos) en mayor profundidad, aportando ideas originales y distintas a las habituales en este tipo de relatos.

Hemos buscado también historias en las que el Tiempo fuera la base en sí del argumento, y no un pretexto para desarrollar otros temas distintos. Y creemos haberlo conseguido, en la medida de nuestras fuerzas.

Naturalmente, han quedado aún innumerables puntos por tocar. Por ello, es probable que más adelante nos animemos a ofrecerles otro volumen dedicado a este mismo

tema, visto bajo una óptica distinta. El Tiempo es una dimensión tan amplia como los millones de años transcurridos desde el nacimiento de nuestro planeta hasta hoy, como los millones de años que faltan aún para que desaparezca como tal, a menos claro está que nosotros, esos humildes pero egocéntricos bichitos que lo poblamos, decidamos con nuestra acostumbrada y brutal manera cortar en seco todo Tiempo con alguna de esas invenciones destructivas de las que tan orgullosos parecemos estar.

Esperemos que el Tiempo, *nuestro* Tiempo, se deje recorrer aún muchos siglos más...

CAZAR UN DINOSAURIO
L. SPRAGUE DE CAMP

En 1937, el autor norteamericano P. Schuyler Miller iniciaba la corriente de los «relatos prehistóricos» (sin contar, por supuesto, a Ridder Haggard y su legendario Mundo perdido) con su famoso relato Las arenas del Tiempo. Desde entonces, los cuentos en los que el tiempo sirve de soporte para ofrecernos una personal visión del apasionante mundo prehistórico forman legión. De entre todos ellos, sin embargo, Cazar un dinosaurio es uno de los que ha conseguido un mayor impacto, tanto por el rigor documental con que está escrito y lo apasionante de su trama como por la personalidad de su autor, L. Sprague de Camp, uno de los máximos exponentes de la vertiente «científica» de la sf. que encabezan Campbell y su revista Astounding.

No, señor Seligman. No pienso llevarle a cazar dinosaurios a finales de la era mesozoica.

¿Que por qué no? Veamos... ¿cuánto pesa usted? ¿Sesenta kilos? No, no, el límite más bajo es setenta kilos.

Pero no se preocupe. Lo llevaré a cualquier período que quiera de la era cenozoica. Si lo desea, le conseguiré un entelodonte, un titanoterio o un uintaterio. Todos ellos poseen hermosas cabezas. O podemos acercarnos un poco más e ir al pleistoceno, para que pruebe su suerte con los mamuts y los mastodontes.

Si lo desea, lo llevaré mucho más lejos: al triásico, donde podrá matar cualquier pequeño antecesor del dinosaurio que se le antoje.

Pero de ningún modo lo llevaré al jurásico o al cretáceo. Es usted demasiado pequeño corporalmente.

Y no lo digo con ánimos de ofenderle, por supuesto.

¿Que qué tiene que ver su peso con todo esto? Dígame una cosa: ¿con qué cree usted que va a matar a los dinosaurios? ¿Con una escopeta de perdigones? No había pensado en ello, ¿eh? Bien, siéntese un momento...

Mire, este es el rifle que yo empleo para ese trabajo: un Continental calibre 600. Parece una escopeta, ¿no? Pero es un rifle, como podrá comprobar si mira el interior de los cañones. Dispara un par de proyectiles explosivos, de nitro, calibre 600, tan grandes como plátanos. Pesa siete kilos, y su fuerza inicial de empuje es de mil kilogrametros. Su precio es mil cuatrocientos dólares. Un tanto caro para un rifle, ¿no?

Tengo algunos más, que alquilo a los sahibs. Están diseñados para derribar elefantes: no para herirlos, sino para derribarlos fulminados. Por eso no se hacen rifles así en los Estados Unidos, aunque imagino que terminarán fabricándolos si continúa la moda de las cacerías a través del tiempo gracias a la máquina de Prochaska.

Hace veinte años que soy guía de caza. He guiado expediciones de caza por toda África hasta que la caza se agotó y ya no quedan fieras más que en los cotos. Así exterminamos la caza de nuestro planeta.

Pero lo que quería decirle es que nunca he visto a un hombre de su complexión que fuera capaz de manejar un fusil calibre 600. El disparo los derriba de espaldas y, aunque consigan mantenerse en pie, se asustan de tal modo de la maldita arma que la dejan tras unos disparos. No son capaces de matar a un elefante a corta distancia. Y encuentran el arma demasiado pesada para trajinarla por un terreno tan abrupto como el mesozoico. Los agota a los pocos momentos... y las caminatas por el mesozoico son largas.

Lo cierto es que mucha gente ha matado elefantes con armas más ligeras: rifle del 500, del 475 o del 465 doble, por ejemplo, e incluso rifle de repetición del 375. La diferencia estriba en que, con un 375, hay que acertarle al animal en una parte vital, preferiblemente el corazón, si uno no quiere correr riesgos.

Un elefante pesa, veamos... de cuatro a seis toneladas. Usted pretende matar reptiles que pesan dos o tres veces más que un elefante, y poseen una vitalidad mucho mayor. Por eso, el sindicato ha decidido no aceptar más gente para la caza del dinosaurio, a menos que demuestren que se las entienden bien con un 600. Nos lo ha enseñado la dura experiencia. Ha habido algunos incidentes desgraciados.

Voy a decirle una cosa, señor Seligman. Son ya más de las siete, y hay que cerrar la oficina. ¿Por qué no vamos a algún bar, y le cuento allí toda la historia?

Es la historia de mi quinta expedición... mía y del Rajá. ¿El Rajá? ¡Oh!, es el Aiyar de *Rivers & Aiyar*, pero yo le llamo el Rajá porque es el monarca hereditario de Janpur. Claro que hoy eso no significa nada. Le conocí en la India, y volví a encontrarlo en Nueva York, al frente de una agencia hindú de turismo. Es ese tipo moreno que ha visto en la foto que hay en mi escritorio, el que tiene un pie encima de la cabeza del caimán.

Bueno, el caso es que el Rajá estaba harto de entregar folletos referentes al Mumtaz-i-Hahall de Agra, que es el famoso mausoleo de la favorita del sha Jahan, y quería volver a viajar. Yo, por mi parte, me había quedado sin trabajo, y por aquel entonces ambos supimos de la máquina del tiempo que el profesor Prochaska tenía en la universidad de Washington.

¿Que dónde está ahora el Rajá? ¡Oh!, en una expedición a los comienzos del oligoceno, cazando titanoterios, mientras yo me encargo de la oficina. Ahora nos turnamos, pero en las primeras épocas íbamos juntos.

El caso es que, apenas supimos la noticia, tomamos el primer avión que salía hacia Saint Louis.

Con gran disgusto vimos que no habíamos sido los primeros. ¡Oh, no, ni mucho menos! Había otros guías de caza aguardando turno, y un sinfín de científicos, cada uno de ellos con su idea particular acerca del uso que podía darse a la máquina del tiempo.

Desde el primer momento descartamos a los arqueólogos y a los historiadores: por lo visto, la condenada máquina no puede trabajar en períodos más recientes que 100.000 años hacia atrás. Claro que, desde esta cifra, puede llegar a los mil millones de años, aproximadamente.

¿Por qué tan atrás? Bueno, yo no soy ningún genio científico ni mucho menos, pero, según lo que entiendo, si la gente pudiera trasladarse a épocas más recientes, sus acciones afectarían a toda nuestra historia, lo cual daría origen a fastidiosas paradojas. Y eso no puede ocurrir en un

universo bien ordenado. Pero, partiendo del año 100.000 antes de Cristo y yendo hacia atrás, los actos de las expediciones se diluyen en la corriente del tiempo que precedió al comienzo de la historia humana. Además, cuando se usa cierta porción de tiempo (y al decir *usar* me refiero a emplearlo, a ir a él), no se puede volver a usar la misma fecha para enviar otra expedición, a causa de las paradojas y más paradojas.

Pero el profesor no se preocupa por esas minucias: con mil millones de años por explorar, no corre el peligro de quedarse sin eras que recorrer.

Otra limitación de la máquina es la cuestión tamaño. Por obvias razones técnicas, Prochaska tuvo que construir la cámara de transición de un tamaño que sólo permite el transporte de cuatro personas con su impedimenta, además del operador de la cámara. Las expediciones más grandes tienen que ser enviadas por etapas. Eso, como comprenderá, significa que no pueden llevarse jeeps, botes, aviones ni cualquier otra clase de vehículos.

Por otra parte, puesto que uno se traslada a una época donde no hay seres humanos, no se puede formar un grupo de portadores indígenas para que nos acompañen llevando nuestro equipaje. Generalmente llevamos algunas mulas. En la mayoría de las épocas se encuentra el forraje necesario para alimentarse y que nos lleven hasta donde queremos ir.

Como le iba diciendo, todo el mundo tenía su idea personal acerca de cómo debía ser usada la máquina. Los científicos nos miraban despectivamente a los cazadores, murmurando que sería un crimen derrochar el tiempo de la máquina dedicándolo a nuestras sádicas diversiones.

Nosotros planteamos el asunto desde otro punto de vista. La máquina costó unos treinta millones. Según tengo entendido, la mayor parte de ellos procedían de la Fundación Rockefeller y otras por el estilo, pero esa cantidad sirvió tan sólo para cubrir el costo original y no el de manteni-

miento. La máquina consume increíbles cantidades de energía. La mayor parte de los proyectos que representaban los científicos, por muy dignos de encomio que fueran, resultaban desde su aspecto económico francamente poco lucrativos.

Ahora bien, los clientes que contratan expediciones de caza suelen ser personas ricas, las cuales, por lo visto, abundan excesivamente en América... y no se ofenda, muchacho. La mayoría de ellos pueden pagar sustanciosas cantidades a cambio del elitista placer de viajar en la máquina del tiempo. De ese modo, nosotros, los cazadores, podríamos financiar los viajes de la máquina para fines científicos con tal de que se nos conceda una justa parte de su tiempo.

No entraré en detalles, pero sí le diré que, finalmente, los guías formamos un sindicato de ocho miembros, uno de los cuales era la firma *Rivers & Aiyar*, que se repartió proporcionalmente el tiempo de la máquina.

Los negocios fueron bien desde el principio. Nuestras esposas (la del Rajá y la mía) pusieron el grito en el cielo, por supuesto. Confiaban en que, como la caza mayor se había agotado, ya no tendrían que volver a compartirnos con los leones y otros animales por el estilo. No acaban de darse cuenta de que la caza no es realmente peligrosa si uno no pierde la cabeza y toma sus precauciones.

Pero vayamos al asunto. En la quinta expedición llevamos a dos sahibs. Los dos eran americanos, rozando la treintena, ambos físicamente sanos... y solventes. Aparte estos detalles, te juro que en mi vida he visto a dos personas más distintas.

Courtney James era el prototipo del hombre de sociedad: un joven rico de Nueva York que siempre había hecho lo que le había dado la realísima gana, y no conseguía imaginar por qué razón no podría continuar indefinidamente gozando de una tan placentera situación. Era un hombre-tón casi tan corpulento como yo, bien formado, aunque

empezaba a engordar demasiado. Andaba ya por su cuarta esposa, y cuando apareció en nuestra oficina luciendo una rubia que llevaba escrita en toda su persona la palabra *modelo*, imaginé que aquella espléndida carrocería ocultaba en su interior a la cuarta señora de James, y como a tal la saludé.

—Señorita Bartram —me corrigió ella con una risita que hubiera podido pasar por histérica.

—No es mi esposa —aclaró James—. Mi mujer está en Méjico, creo que tramitando su divorcio. Pero Bunny me acompañará.

—Lo siento, señor James —repliqué—, pero no llevamos mujeres. Por lo menos, no a la era mesozoica.

Aquello era estrictamente cierto: mi opinión personal era que ya corríamos suficientes riesgos persiguiendo a una fauna poco conocida como para tener que meternos además en los líos domésticos de otras personas. No tengo nada contra el sexo, entiéndame bien: es una institución maravillosa y todo lo que usted quiera, pero no cuando se inmiscuye en mi modo de vivir. En mis cacerías en África ya había tenido bastantes sorpresas desagradables.

—¡Oh, no diga disparates! —respondió James—. Si ella quiere venir, vendrá. Esquía, vuela en mi avión... así que no veo por qué no...

—Va contra la política de nuestra firma.

—Puede mantenerse alejada cuando nos tropecemos con algún animal peligroso.

—No. Lo siento, pero...

—¡Diablos! —protestó, enrojeciendo—. Voy a pagarle una buena cantidad de dinero, y creo que tengo derecho a hacer lo que me dé la gana.

—En absoluto. Nunca podrá contratarme usted para que haga algo que va contra mi más elemental sentido de la prudencia —dije—. Si eso es lo que desea, le sugiero que contrate a otro guía.